El último mes ha sido profesionalmente difícil. En el último mes, no he podido encender la radio o entrar a una tienda, sin que me recuerden que se acerca la Navidad (¡o al menos que Papá Noel viene a la ciudad!). Mientras manejo por la calle, las luces navideñas parpadean a cada lado, la música navideña suena en la radio, ya sea para asistir a una fiesta navideña o hacer algunas compras navideñas más, no he podido escapar de "la temporada navideña", que ya está sobre nosotros. Tan tentador como suscribirse a lemas como "Jesús es la razón de este tiempo" o "mantener a Cristo en Navidad", incluso estos se quedan un poco cortos. Estamos acostumbrados a pensar en la Navidad como la celebración del nacimiento de Jesús y en el Adviento como el tiempo de preparación para la Navidad.

Estas descripciones no son falsas. Pero no están completas. El Credo de Nicea ofrece una pista importante de lo que la Iglesia pretende, identificando cómo Jesucristo, “por el poder del Espíritu Santo se encarnó de la Virgen María”. La palabra “encarnado” es más que “nacido”. Encarnado se basa en la raíz de la palabra carne, que significa hacerse uno de nosotros (¡piense en carne asada!). En Jesús, Dios se hizo carne. El Tiempo de Navidad, siguiendo el ejemplo de la Solemnidad de Navidad (25 de diciembre), está dedicada a celebrar y a reconocer la encarnación de Dios, Dios se hizo carne. La lectura original del Evangelio para el día de Navidad marcó la pauta: “En el principio era el Verbo… y el Verbo se hizo carne” (Juan 1, 1, 14). El tiempo de Adviento no se dedica tanto a prepararse para celebrar el nacimiento de Jesús, sino a prepararse para reconocer la encarnación de Dios en las muchas y variadas formas en que ocurre.

Después del día de Navidad, las fiestas dentro del tiempo navideño, desarrollan el reconocimiento fundamental de que Dios está encarnado. De particular interés es el 26 de diciembre, fiesta de San Esteban mártir. El autor de los Hechos de los Apóstoles quería que supiéramos que al ver el testimonio de Esteban, estuviéramos viendo a Jesucristo. Esteban encarna a Cristo en cómo la gente reacciona ante él (Hechos 6, 11-12 y Lucas 22, 66, 70-71), y especialmente en cómo muere (Hechos 7, 59-60 y Lucas 23, 34, 46). Por extensión, todos los que mueren como Cristo hacen presente a Cristo en sus propios cuerpos. El 27 de diciembre, es la fiesta de San Juan, Apóstol y Evangelista. Como enseña el Concilio Vaticano II, la Palabra se hace carne en el mismo momento que se escribe la Palabra de Dios y en su proclamación en el centro de la asamblea litúrgica. Por extensión, todos aquellos otros, que escribieron la Escritura y muchísimos más, los que la proclaman la Palabra de Dios, hacen presente a Cristo en sus propios cuerpos. El 28 de diciembre es la Fiesta de los Santos Inocentes, los menores de dos años que fueron masacrados por Herodes (Mateo 2, 16). ¿Cómo podemos ver a Cristo encarnado en estos desvalidos? Del mismo modo, nos dice Mateo, para que podamos ver a Cristo presente en el hambriento, el sediento, el forastero, el desnudo, el enfermo y el encarcelado (Mateo 25, 42-43). Cristo está encarnado en “estos más pequeños” (Mateo 25, 45) todavía.

Dos fiestas de Navidad-Adviento de María son particularmente cruciales para comprender la encarnación: el 1 de enero, solemnidad de María, Madre de Dios, y el 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Concepción de María. Detrás de la Solemnidad de María, Madre de Dios, está el antiguo debate acerca de cuándo el Jesús humano “se convirtió” en Dios. Dicho de otro modo, ¿fue María sólo la madre de la naturaleza humana de Jesús? ¿O podría un ser humano dar a luz a su naturaleza divina también? El Concilio de Éfeso (431) declaró que María era, de hecho, la madre de Jesús, humano y divino. Ella era la Madre de Dios, no sólo la madre de Cristo. Jesús no podía, de ninguna manera, ser dividido. La Solemnidad de la Inmaculada Concepción de María, celebra la razón por la cual María pudo consentir en ser Madre de Dios. Ella misma fue concebida en el vientre de su propia madre sin la mancha del pecado original. Y así, cuando Dios, a través de Gabriel, le preguntó a María si aceptaría la oferta de Dios, de ser una madre adolescente soltera en una cultura orientada en torno al honor y la vergüenza, ella desafió lo que pasa por la lógica humana y dijo que sí. Libre del pecado original, confiaba plenamente en la voluntad de Dios.

¿Dónde nos deja esto? María es, por supuesto, única. Ninguno de nosotros está invitado a ser madre (o padre) del Salvador, el Hijo de Dios. Pero, tal como señaló Pablo VI, ella es también “la primera y la más perfecta de las discípulas de Cristo”, y esto significa que es particularmente “digno de imitación”. En virtud de nuestro bautismo, también nosotros hemos sido limpiados del pecado original en la fuente, el seno de la Iglesia. También nosotros, por tanto, tenemos la oportunidad de decir sí al Dios encarnado en la Eucaristía. Jesús dice: “El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él” (Juan 6, 56). Decir “Amén” en la comunión, por lo tanto, es hacer nuestra la respuesta de María a Gabriel. "Que así sea." Y al aceptar así como don la presencia de Dios en Cristo dentro de nosotros, asumimos la responsabilidad de hacer visible al mundo la presencia de Cristo dentro de nosotros. La Plegaria Eucarística III destaca lo que pedimos que suceda: “Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia, y reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad, para que, fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu.” Oramos para que, como miembros de la asamblea que ora y canta, encarnemos fielmente la presencia de Cristo. Sabemos que, como los Santos Inocentes en su necesidad, a pesar de que tratamos de ocultar que somos naturalmente hambrientos, sedientos, extraños, desnudos, enfermos e incluso encarcelados, que Jesús se encarna en nosotros. Oramos para que, como Juan, abracemos la vocación de proclamar la palabra de Dios y así reconocer fielmente que la Palabra está encarnada en nosotros. Oramos para que, como Esteban, vivamos vidas y tengamos muertes, porque seguro es que moriremos, que reconozcamos fielmente que Cristo está encarnado en nosotros. Y esta responsabilidad continuará mucho después de que se hayan apagado las luces navideñas, y los tiempos de radio, tiendas e incluso, nuestros hogares hayan encerrado los sonidos y las imágenes navideñas. Las palabras del Padre al Hijo cuando el Espíritu descendió sobre Jesús en su Bautismo (¡la fiesta final del Tiempo Navideño!), tienen la intención también de servirnos a nosotros. Especialmente en la medida en que consentimos la voluntad de Dios, somos amados de Dios, en quienes Dios se complace.